

puesto de recopilaciones, la fecha real de aparición de cada uno de sus poemas. *Los Doce Gozos*, pieza de litigio en este caso, vieron la luz pública a comienzos de 1898, en la revista *La Quincena* de esta capital. Cuándo fueron escritos, lo ignoro; pero ostensiblemente, y de acuerdo con las razones psicocronológicas del autor venezolano, antes de ser impresos. Si el primer soneto del género *gozo*, en Herrera y Reissig, lleva fecha de 1900, no fué tarea fácil para Lugones hurgar en la mente de su colega, con dos años de anticipación, el tema y el procedimiento de poemas que aun no existían.

En realidad, esto debía tener aquí punto final. Pero atento al hecho de haber mediado en la contienda más de un escritor ilustre a la par del señor Blanco Fombona, con su mismo espíritu justiciero; visto que entre nosotros mismos dichos cargos tornan a insinuarse cada vez que de Herrera y Reissig se trata; habiéndome, por fin, las circunstancias concedido asistir muy de cerca a la gestación de este problema, creo de mi deber agregar algunas líneas.

Yo tuve, en efecto, una amistad muy estrecha con Herrera y Reissig durante este peligroso período. Nos veíamos entonces con gran frecuencia, en su casa, que no era todavía la Torre de los Panoramas, o en la mía, que era sólo una pieza. En una u otra leíamos mutuamente nuestros versos, con tanto mayor entusiasmo cuanto que en aquellos días—a mediados de 1900—ambos creíamos poseer también una sensibilidad nueva, totalmente extraña al medio ambiente.

La poesía de Herrera y Reissig orbitaba entonces alrededor de Darío. La mía sufría la influencia de los franceses, y, en particular, de la de Lugones: precisamente de *Los Doce Gozos*.

Pues bien: Herrera y Reissig no conocía estos sonetos cuando trabé relación con él. Admiraba mucho a Lugones, el de *Las Montañas del Oro*, *Gesta Magna* y otros poemas de su primera época. *El Ramillete*, *El Solterón* y *Los Doce Gozos* le eran desconocidos.

Figurémonos entonces la gloria de Herrera y Reissig cuando puse en sus manos los ejemplares de las revistas *Iris* y *La Quincena* en que aquéllos habían aparecido. Uno y otro sabíamos de memoria tales versos. Tanto lo sabíamos que el entusiasmo levantado en nosotros mismos por nuestros propios sonetos no advertía su procedencia, perceptible desde cien leguas. Un año más tarde yo no escribía más versos. Herrera y Reissig, al fin poeta, continuó haciéndolos hasta su muerte.

Pero yo no creo que los triunfos

de su madurez le hayan devuelto la alegría de nuestros comienzos, nuestra inconmensurable fe, no como poetas—Dios me perdone—sino como poseedores de una nueva, incomprendible y pasmosa sensibilidad.

Estos recuerdos reviven ahora en mí la memoria de aquel gran muchacho, que ya los años desvanecían. No aprendíamos novedad literaria que no fuera yo a comunicársela a él, mientras tomábamos mate, o acudiendo él a casa, donde tocaba en la guitarra una melodía de *Vieuxtemps*, cantándola con voz mala y llena de calor. No usaba entonces de morfina, ni excitante alguno. Como rarezas, sólo ostentaba dos: un hermano misterioso, en quien creía más que en sí mismo, y un gran colchón que le vi usar de frazada. Bajo él, y sentado a medias en la cama, sufría ya de las palpitations al corazón que debían llevarlo a la tumba. Nunca conocí hombre más exagerado para el elogio, ni más parco para la diatriba. De los versos que no le agradaban decía sólo, removiendo los dedos: «Musiquitas..., versitos...» De las personas que amaba, decía, invariablemente, que tenían un talento más grande que la iglesia matriz. A un chico tan modesto como asustado le vi sacudirle del hombro una y diez veces, mientras le aseguraba a gritos que el genio no le cabía dentro de la cabeza...

A pasear, Herrera y Reissig salía muy poco. Cuando lo hacía, era, en son de ataque, con sus colegas neosensitivos. Recuerdo así habernos encontrado una tarde, en marcial tercelto, Herrera y Reissig con sus guantes nuevos y sus botines antagónicos de siempre, Roberto de las Carreras con un orioncillo de color verde cotorra, y yo con un sombrero boer cuya cinta de color oro rabioso pendía en lazo por bajo del ala. Teníamos entonces veinte años, bien frescos.

Mi amistad con Herrera y Reissig fué, a pesar de todo, más breve y literaria de lo que ambos hubiéramos creído. En 1901 yo dejaba a Montevideo; y al año siguiente, de paso por aquella ciudad, me vi aún con gran placer con mi amigo. Cuatro años más tarde, y en iguales circunstancias, caminamos juntos un par de horas. Pero ya no nos entendíamos. Nuestro modo de sentir en arte había variado. Faltos de este lazo, nuestro afecto, tan sensible al evocarlos en este momento, no lo hallamos más al vernos frente a frente.

(*El Hogar*, Buenos Aires).

Al Sr. García Monge

Buenos Aires, julio de 1925

Mi querido amigo:

Le mando el artículo justiciero que

don Horacio Quiroga acaba de publicar en *El Hogar* sobre «el caso Lugones-Herrera y Reissig».

Vale la pena de que usted lo reproduzca en su difundido periódico. Por fin, después de muchos años un hombre honrado dice la verdad sobre tan discutido asunto. El testimonio de Quiroga es doblemente valioso, porque además de ser él compatriota de Herrera y Reissig es autor de un libro de versos:—*Los arrecifes de coral*. Montevideo, 1901.—donde ya hay sonetos a la manera de Lugones.

Creo que podemos pensar cualquier cosa de las ideas políticas del maestro; pero al César lo que es del César...

Suyo cordialmente,

GLUSBERG.

El caso Lugones-Herrera y Reissig

EN el prólogo de la edición Garnier, de *Los peregrinos de piedra* (1912), decía el escritor venezolano don Rufino Blanco Fombona: «En 1905 aparecía en Buenos Aires un libro de Leopoldo Lugones titulado *Los Crepúsculos del Jardín*. En ese volumen puso en circulación Lugones, con más éxito que el uruguayo, e imprimiéndoles sello y nombre, todas las novedades de Herrera y Reissig». Tal afirmación, por proceder de escritor americano y, aparentemente, tan conocedor de las literaturas americanas produjo estupor. La prensa porteña, pronta a obtener un motivo de posible repercusión y trascendencia, tomó base en dicho prólogo—que encerraba, al propio tiempo, una severa acusación—para iniciar una encuesta con el fin de aclarar el punto que suscitaba la rotunda afirmación transcrita y otras vehementes declaraciones, que el fuerte temperamento de Blanco Fombona explicaba. Fué *Crítica*, una de los difundidos rotativos bonaerenses, el que llamó a opinar sobre el caso planteado.

El señor Blanco Fombona sostenía que la prioridad de Herrera y Reissig sobre la labor poética de Lugones, especialmente sobre los sonetos endecasilábicos de *Los Crepúsculos del Jardín*, era concluyente ante «la razón cronológica, más al alcance del vulgo».

La confusión era clara y el error evidente. Como tuve oportunidad de aclararlo en aquella oportunidad, Blanco Fombona fundamentaba sus apreciaciones en el dato erróneo de la publicación en 1905 de *Los Crepúsculos del Jardín*. Aduje entonces, allá por 1914, que Herrera y Reissig, inició la composición de las *Eglogánimas* y de las *Eufocordias*, después